

Se le aparece cada quincena



J. W. Goethe • Vicente González • Mario Ríos
Raúl Rivadeneira • Mara Lucy García
Jorge Enrique Adoum • Octavio Paz • Max Aruquipa

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVI n° 394 Oruro, domingo 22 de junio de 2008



ZONA FRANCA ORURO
CON NUESTRA CULTURA



La Catedral. Acuarela
Erasmus Zarzuela Chambl

Aforismo

La mayor dicha del pensador consiste en haber escrutado lo escrutable y en venerar serenamente lo inescrutable.

Lo excelente, la virtud, lo sobresaliente, constituyen en el mundo la excepción, no la regla.

Viajamos, no para llegar, sino para viajar.

La educación no es nada más que el arte de enseñar a vencer dificultades supuestas o fácilmente superables.

Comunicarse es propio de la naturaleza, recibir lo comunicado en el mismo sentido en que es transmitido, significa cultura.

Johan Wolfgang Goethe. (1749-1832). Alemania



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: alberto guerra g. (f)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduendeoruro@yahoo.com
lurquieta@zofro.com

Vicente González-Aramayo (*)

Curiosa justicia



Siempre ha sido motivo de discusión el asunto de la Justicia Comunitaria y quienes la ponen en práctica no son precisamente los entendidos, puesto que éstos pueden incluso confundir con el linchamiento.

El Derecho se ha elaborado sobre bases sólidas, racionales y lógicas. Por ejemplo, la incapacidad de razonamiento de los supuestos delincuentes. Una enfermedad mental o psicológica hace al ser humano irresponsable de sus actos; en otras palabras, no sabe lo que hace porque no tiene capacidad de razonamiento. Para tipificar lo que ahora se denomina inimputabilidad, el Derecho ha tenido que atravesar por un largo tiempo de estudio, por lo que no se puede sintetizar esa trayectoria en un linchamiento. En Criminología se puede encontrar que cuando una persona es psicópata no es delincuente y cuando es delincuente no es psicópata, se excluyen como el blanco y el negro.

En todas las sociedades ha existido la justicia comunitaria y he aquí una narración como ejemplo:

En la gran extensión que ocupan los pueblos islámicos, se cuenta que existió un emirato casi perdido en ese mundo. Gobernaba un emir a su grey de setecientos habitantes. Era un reino pequeño pero organizado y todos convivían en medio de reglas y buenas costumbres, con leyes rígidas para los que vulneraran el derecho incipiente pero efectivo.

Cierta día el emir recibió la visita de una dama de otro reino, y aunque no era precisamente una reina, como anfitrión prodigó a su visitante todos los elogios, placeres y atenciones posibles. Ella tuvo cinco días de fruiciones por los manjares, licores especiales, bailes y espectáculos, pero cuando iba a marcharse notó que le faltaba un collar entre sus joyas, pues dejaba estos objetos para bañarse en agua de rosas. Era posible que alguien lo hubiese robado. El emir no podía quedar mal con su ilustre visitante, de modo que convocó a tres sabios. Su sabiduría y equilibrada administración de justicia eran proverbiales.

Los sabios aconsejaron que armara una tienda con entrada y salida opuestas, dentro de ella estaría un asno. Todos los súbditos debían entrar a la tienda en forma individual, como se hace para sufragar, y tomar por la cola al asno desde arriba hasta la punta. El jumento le daría una coza al ladrón. Los setecientos habitantes, incluyendo niños desde los cinco años, hicieron lo que indicó el sabio.

Sucedió la prueba llevada a cabo como una ceremonia, pero el buen burro justiciero a nadie dio la patada. No hubo gritos por recibirla. Cuando todo pasó, el emir extrañado preguntó al juez si le había fallado el experimento. No Señor, dijo el interpelado, ahora ordena que todos se aproximen con las manos extendidas. Así lo hicieron: el sabio tomaba las manos de cada habitante y las llevaba cerca de su nariz. Llegó el momento en que exclamó: Éste es el ladrón. El hombre quiso huir pero lo detuvieron. Confesó y devolvió la joya. Al poco tiempo su cabeza rodaba. En aquel reino existía la pena de muerte para ese tipo de delitos, pero sólo después de un juicio conocido por los ancianos debido a su sabiduría ancestral.

El joven emir preguntó al juez cómo hizo para descubrir al culpable y éste respondió que simplemente había untado en la cola del asno esencia de menta, de modo que todos los que nada tenían tocaron la cola con confianza, pero el ladrón no lo hizo temiendo la coza, por lo que era el único que no tenía las manos impregnadas por la sustancia.

(*) Pertenece a la Academia de Ciencias Jurídicas y a la Sociedad de Escritores de Bolivia.

Mario Ríos Gastelú (*)

Las sombras de la noche a la luz del día

Los días y las noches, nada me confesaban a los oídos acerca de alguna historia peculiar que podría haber existido en ciertas plazas y callejuelas paceñas, sin darles más vínculo que un compromiso pasajero y una actitud curiosa por conocer algo más de los barrios de la ciudad. Vivencias retenidas en la memoria. Imágenes humanas deambulando sin más destino que una cantina de triste reputación. Paisajes nocturnos ajenos al quehacer diario, en una ya agrandada capital vestida de sedas y de harapos. Casas de un piso con puertas vetustas y paredes a las que el desgaste les dio fisonomía incompleta de figuras humanas o salvajes, trazadas por el viento, la lluvia o un cartel despegado.

No podía llamarme atención especial la vendedora de refrescos, algún lustrabotas que ofrecía su servicio o el zapatero encajado en dos metros cuadrados esperando clientes. Todo era parte del diario vivir y, sin embargo, ahora que pasaron los años inmersos en una sociedad que se mueve impulsada por prejuicios, por rencores, o sencillamente llevada por un comportamiento rutinario, siento la necesidad de volver a pisar aquellos lugares que habían sido testigos de vidas humanas, sobrevivientes en la oscuridad de su existencia, sólo conocida bajo las penumbras de un cielo poco iluminado y ausente de astros—cuando no lloroso— involucrado en la complicidad de tragedias que se amortiguan bajo los efectos del alcohol. Allí, en esos rincones donde el hambre es presencia no invitada y el amor se transforma en una necesidad poco sentimental; donde el placer físico es un escape a la angustia y al aislamiento, o donde se hace imprescindible el dialogar con almas afines sometidas al dolor espiritual, la turbación mental se encamina a la constante pregunta lanzada al vacío: ¿por qué esta vida?

Lo dicho es una reflexión nacida al impulso de una reciente lectura mía, llegada desde la estantería de mi biblioteca, donde no despertaba prioridad para ser conocida. Esto ocurre cuando un libro, como el que hoy me ocupa, u otro parecido, es un nombre más entre ocho mil títulos que se aprietan hasta llegar a ser preferencia en determinado momento.

Así fue que un día abrí las páginas de *Alcoholatum & otros drinks*, escrito por Víctor Hugo Viscarra. No diré que constituye una falta de lesa cultura el haber leído sus páginas después de muchos años de su publicación, pero sí que fue un error no haber acudido a él, cuando el autor aún caminaba por aquellos escenarios de angustia. No haberlo conocido. No haber dialogado con un escritor cuya figura la diseñaban el humo del cigarrillo y las emanaciones del alcohol. Leí sus libros, cuando su nombre ya era un recuerdo entre la neblina de los días y el silencio de las noches insomnes.

Pues bien, Víctor Hugo —¡vaya nombre ilustre!— desnuda la soledad, el vicio, la desesperanza, la incomprensión, el desconsuelo y, en suma, la miseria humana. Relatos sin rebusques. Historias contadas sin temor a la ofensa o pensando en la crítica despiadada. No. El autor está en la realidad de su vida y la vida real de quienes lo acompañaron. Seres que deambulan en la noche y que, al llegar el día, sólo reflejan sombras que subsisten en medio de la indiferencia o el desprecio: *No hay sol, tan solo brumas viven alrededor y dentro de nosotros*. Allí está, en cada uno de ellos, el aceptar la vida que les dieron. El destino que tuvieron que afrontar y, además, el verse día a día frente a la indolencia de una sociedad que no mira el suelo, sino el lejano horizonte de sus aspiraciones: *Corazón ¿por qué eres tan malo conmigo?*

Viscarra no es un escritor que recoge historias de la noche. Viscarra es protagonista de la mayoría de los relatos, en un acercamiento a la autobiografía matizada con algunos cuentos: sorprendidos, agradables, que en algunos casos parecen huir de ese ambiente de alcohólicos, drogadictos, meretrices, ladrones y pendencieros: *¿Tú tienes la culpa? ¿Quién te manda a jugar con mis sentimientos?*

Pueden surgir comentarios encontrados respecto al nivel literario de Viscarra. Quizá discrepar por cierto tono en los

relatos, cuando los personajes vociferan palabras groseras o si la descripción de los hechos o lugares llegan a niveles escatológicos, pero en ningún momento se puede negar el interés al servicio del suspenso, sin entrar en un argumento de novela policial. Puedo decir, que los lectores de Viscarra quedan sorprendidos por la franqueza con la que desnuda a cada uno de los marginados, protagonistas reales de la noche con vaho a pobreza:

Las primeras personas que conocieron a Baba durante sus noches élficas, pensaron que él era el producto de sus mentes alcohólicas, y que tanto Baba como los trapos viejos que cubrían su cuerpo sólo existían en el mundo etéreo que el alcohol crea en las mentes de los que lo beben.

Los pocos cuentos que alternan los relatos, son como un suspiro que luego exhala cierta calma anímica, como aquel titulado: *Cuento para alejar las tristezas*, así sea por un



Víctor Hugo Viscarra

momento, digo yo, a fin de atenuar la tensión creada por las historias verídicas de los olvidados. Sin embargo, en su cuento *La loca Esperanza* el contenido vuelve a ser un desprendimiento de las noches de pesadilla, y también lo es *El crimen perfecto*. Lejos de esos argumentos, otros devuelven la calma, como en *Breve biografía de Alguien* o también en *El muerto mal asesinado*.

La noche se me hace corta, mientras paso las páginas escritas por Víctor Hugo Viscarra. Repaso el vocabulario, cierro el libro, evoco las viejas calles, las plazas desiertas, las sombras nocturnas sin voces, el aliento a la resaca y la mirada perdida de un perro vagabundo disputando comida con el beodo trasnochado. Los hechos trascendentales quedan al margen. Ahora hormiguean en el cerebro las otras palabras, los desconocidos sentimientos y todo lo que pasamos inadvertido, no obstante de tener los hechos tan cerca nuestro, como la cercanía del libro que estubo en la estantería de autores nacionales aguardando su turno.

Borracho estaba...

Las memorias de Víctor Hugo Viscarra, se abren con un terminante "Nací viejo". Con la lectura de *Borracho estaba pero me acuerdo*, su segundo libro acerca del submundo

paceño, mi pensamiento vuelve a los extramuros de la vergüenza, guiado por la palabra del autor, en una suerte de Cicerone de la noche.

Vivir en la soledad y el bullicio de una ciudad trasnochada, con aullidos lastimeros, gritos de dolor, violencia, sexo rápido y visiones inexistentes creadas por el alcohol, no es precisamente lo que pueda inspirar un prototipo de páginas literarias, pero sí, letras testimoniales de un nocturno ambular en busca de lo irreal, sometido al hambre y al frío, noche tras noche, con sus días completos, sumándose años con cifra 30.

Los personajes que asoman el rostro en las páginas de Viscarra, se repiten con nombres distintos, y no por un tropo literario, que no existe, sino porque hay un remedo no provocado en cada uno de ellos. La personalidad de las sombras nocturnales, parecen despojarse de su apariencia física: hombres y mujeres en edad del razonamiento con niebla de pisco. Cholas y birlochas enajenadas y entregadas a la prostitución por la necesidad de subsistir en el riguroso invierno paceño. Imillas y lloqallas robando y cohabitando en los rincones de tambos abandonados. Un mundo diabólico quietado en los bostezos del alba, cuando todos los pobladores de la noche alcohólica eligieron de almohada una llanta vieja, una bolsa de basura, un cesto de fruta putrefacta. Infierno de Dante con sus círculos en espiral y sus personajes satánicos.

Viscarra no detiene la pluma. Cuenta historias testimoniales como se escribe en un diario íntimo, con sus estremecimientos y sonrisas fingidas:

La Casa Blanca es la única cantina que atiende las 24 horas y de domingo a domingo. El único día que hay algo de comer, es el lunes. La Casa Blanca me trae gratos recuerdos porque fue la primera cantina donde bebí las 24 horas del día. Aquí batí mi récord de borrachera con 19 días y 19 noches consecutivas. Despertaba para desayunar con alcohol y, si esos días comía algo, no me acuerdo.

Así se puede comprender lo que es "nacer viejo" sin haber tenido la pureza de la niñez. Es haber nacido al dolor de los sentimientos que se transforman en dolor físico. Es no haber conocido los juegos y los juguetes, sólo aquella pelota que Viscarra la conserva "en un rincón de los recuerdos". ¿Dónde encontrar el amor? ¿Dónde puede darse paso a una catarsis? En los prostíbulos, así el amor recibido sea fingido y la comprensión no haya llegado nunca. Víctor Hugo los llama "Templos del amor", donde una caricia recibida es correspondida con "lo establecido..."

La sencillez del relato hace que las páginas sean devoradas. El empleo de bolivianismos y barbarismos, matizan los acápites. Los calificativos destinados a los prostíbulos llevan a la sonrisa cuando Viscarra los llama "catedrales del amor". Relata las bondades del Averno cantina que atrae por la variedad de "tragos" y de las jovencitas y hasta niñas que allí dejan expuesta la ternura de la piel, pronto a ser acariciada por manos callosas.

En esta página no es el caso comentar todo lo escrito por Víctor Hugo, pues lo dicho, sumándose a la primera lectura de su anterior obra, se muestra ante nosotros como una figura que antes de encontrarse cara a cara con la muerte, tal vez tuvo la única oportunidad de distraerse con su único juguete: la pelota de los recuerdos.

(*) Oruro. Escritor, periodista y crítico de arte.



Entrevista a Ga

Mara Lucy García, investigadora de Literatura Latinoamericana

Raúl Rivadeneira Prada (*)

Homenaje póstumo a D. Enrique Kempff Mercado

El académico de número y decano de nuestra Corporación, D. Enrique Kempff Mercado, falleció el 21 de mayo en la ciudad de Santa Cruz. Su paso por las letras bolivianas ha sido triunfal, y fructífero su presencia en la Academia Boliviana de la Lengua, correspondiente de la Real Española.



intimista y amigo de la soledad; un René-Moreno evasivo no en el pensamiento sino de las minucias de la velleidosa notoriedad pública y el ensalzamiento. "René-Moreno huye, huye hasta de sus títulos", escribe. Esto mismo puede aplicarse perfectamente al carácter retraido de Enrique Kempff Mercado, no en

Kempff Mercado ingresó en la Academia Boliviana de la Lengua el 23 de marzo de 1953. Trece años después tuvo como compañero de silla, en esta corporación, a su hermano Manfredo. Participó, juntamente con D. Porfirio Díaz Machicao en el II Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua, celebrado en Bogotá, en julio de 1960 y en el IV Congreso de la misma institución, realizado en Buenos Aires, cinco años después.

Su discurso académico de ingreso, titulado En torno a Gabriel René-Moreno, fue publicado siete años después, en el número 7 de la revista "Signo, Cvademos Bolivianos de Cvltura". Rindió en ese mismo acto un homenaje al historiador Enrique Finot, quien fuera académico correspondiente de la Lengua, con residencia en México.

El trabajo acerca del justamente llamado "Príncipe de las letras bolivianas", Gabriel René-Moreno, ensaya un perfil psicológico del autor de Los últimos días coloniales del Alto Perú, con énfasis en su carácter huraño o más bien de tendencia

vano escribió nuestro colega Pedro Shlmose acerca de él: "Escritor que sobrelleva su grandeza, casi oculto a los ojos de la popularidad y casi huyendo del peso de la fama que en nuestro país es tumba de muchas vocaciones literarias".

La mayor de sus obras, Tardes Antiguas, es una amónica colección de remembranzas escrita en forma novelada. De ella se han ocupado no pocos críticos y comentaristas bolivianos y extranjeros.

La Academia le ofreció un justo homenaje de admiración y respeto el 22 de septiembre de 2005, en el salón Auditorio de la Agencia Española de Cooperación Internacional. En esa memorable ocasión participamos los académicos Pedro Rive-ro Mercado, Jorge Órdenes Lavandenz, Manfredo Kempff Suárez y Raúl Rivadeneira Prada. Le entregamos un diploma y copia de la respectiva Resolución Académica.

La recia personalidad del escritor que ha concluido su tránsito por el mundo de los mortales así como su valiosa obra poética y narrativa, permanecerán en el grato recuerdo de esta Academia.

(*) Director de la Academia Boliviana de la Lengua, correspondiente de la Real Española.

Reseña biográfica

Nacida en Cochabamba, el 24 de septiembre de 1941. Hija de Óscar Vallejo y Carmela Cane-do, ambos de la provincia de Tarata. Estudios primarios y secundarios en escuelas estatales. Estudios profesionales en la Normal Católica y la Universidad Mayor de San Simón. Casada, tres hijos. Primeras publicaciones en la prensa nacional en 1966. Publicación de la primera novela "Los Vulnerables" en 1973.

Intensa producción: novelas, cuentos, ensayos, relatos para niños, estudios sobre diversos temas. Presidente por varias gestiones de la Unión Nacional de Poetas y Escritores, del PEN -Bolivia o filial de la Asociación Mundial de Escritores. Miembro de Número de la Academia Boliviana de la Lengua.

Conferencista, panelista, tallerista en diversos congresos de Literatura, Lectura, otros.

Premios: Nacional de Novela Erich Guttentag, Bolivia, Literatura Juvenil, Ministerio de Educación, Bolivia, Dante Alighieri, Venecia, Italia. Al Pensamiento y la Cultura, Sucre Bolivia. Promoción Mundial de Lectura, Bologna, Italia.

¿Podrías hablarme de tu ámbito familiar?

Tengo dos hijos vivos: Huáscar y Grissel y cinco nietos. He sufrido el más intenso dolor que una madre puede sufrir: perdí un hijo de 21 años. Tal vez por el duelo —que dura todavía— he sufrido desde entonces diversos desarreglos de salud. El cuerpo protagoniza lo que el alma esconde. Vivo con Huáscar y su familia y mantenemos excelentes relaciones familiares. No soy una ama de casa que "a veces" escribe. Soy una mujer que ocupa su tiempo en leer, escribir, planificar proyectos, dar cátedra, viajar. La familia me lo ha permitido siempre. Tal vez por eso me divorcié.

¿Cómo ha sido tu formación literaria?

Estudí la carrera de Literatura y Lenguaje en la Normal Católica de Cochabamba, Bolivia. Posteriormente hice un diplomado en Literatura Hispánica en el Caro y Cuervo de Bogotá, Colombia. El resto de mi formación literaria vino por mi sed de leer, aprender y actualizarme.

¿Qué representa el acto de la escritura para ti y cómo elaboras tu obra?

Escribir es un acto vital. Me ha acompañado desde muy joven, desde el primer dolor de amor a los 15 años, cuando descubrí su poder liberador y subyugante al mismo tiempo. Me ha ayudado a clarificar el mundo, tanto el interior como el de afuera. Me ayuda a intensificar lo invisible que nos habita en los sentimientos y las sensaciones. Me atrapa por muchas horas cada día. No concibo la existencia sin la escritura.

El proceso de construcción es diverso, dependiendo de cada género literario. Generalmente, para escribir una novela, me persigue por largo tiempo un tema, que en principio es apenas un conjunto de emociones ambiguas, de ideas imprecisas, desordenadas. Cuando se clarifica, empiezo a escribir sin ningún esquema, casi a borbotones. Una intensa emoción me acompaña y siento que se está



armando algo nuevo, que estaba espantoso. Y sigo, siempre al impulso de las palabras lo alimentan. Escribo y salga. Parece que sucediera un desdichar. Mucho después llegan las preguntas, las mutilaciones de las palabras su vez generan otras etapas de inco-escrituras desordenadas, precipitadas, cuencia me doy cuenta que escribí lo imaginado al principio: un relato distorsionado las palabras, los sucesos que ellas no si autónomos, me ganan, se imponen, dan opciones. La experiencia directa, ocupan un espacio significativo en la. Luego viene la investigación, la revisión con la realidad, la complementación. La revisión es posterior, es más cerebral, te.

¿Cuándo empezaste a escribir y qué tonante que te llevó a hacerlo?

Ya lo dije, a los 15 años. El detonante: me prohibieron que me escribiera. No sé cómo piz y empecé a escribir. Fue un deseo. Aunque se intensificó el dolor al momento de escribir, se produjo una descarga. Así escribí. Después derivé a otra escritura, aquella venía de las provocaciones del mundo desde los otros. También fue constante.

¿Cómo desarrollas a tus personajes? ¿Tienes el mismo tratamiento a los personajes masculinos?

Fui una niña rebelde. Como adolescente más crítica y claro, no podía estar ausente el portamento machista de los jóvenes. Asumí una posición. Algunos de mis personajes femeninos, como "Cecilia" en "La Siete en Cola" e Isaura en "Encuentra tu Amor" tienen mucho de mí, me representan tanto se desarrollan con mis ideas, mis ideas. Otros personajes femeninos como "Hijo de Opa", María en "Los Vulnerables" son de personas conocidas que me han parcialmente su vida, sin que lo sepa. Para el tratamiento de los personajes



Oy Vallejo Canedo

ana de Brigham Young University, UTAH, USA, conversa con la prolífica escritora

creo haber trabajado sobre estereotipos, el matón, el traidor, el seductor. Es el recuerdo de personas que corresponden a los estereotipos, lo que los alimenta.

En tus textos muestras una gama de mujeres y sus diferentes estereotipos. La abuela Candor y la nieta Cecilia son mujeres fuertes que rompen con los parámetros tradicionales. ¿Qué representan estas mujeres fuertes en "La sierpe empieza con cola"?

La abuela Candor existió. Mi madre la había conocido, con toda aquella historia del hermano asesino y de la lengua de la venganza. Siempre me fascinó que una mujer de principios del 1900 fuera tan segura y dominante. Le pedía que repitiera la historia. La novela permite un hilo conductor en el tramado del tiempo entre dos mujeres que se parecen, Candor y Cecilia, y el contraste de la hija de Candor y madre de Cecilia que cede ante la fuerza del machismo, que reproduce al común de las mujeres de mi país. Con estos personajes femeninos busco vasos comunicantes con las mujeres lectoras. Tú lo has captado perfectamente.

Uno de los temas recurrentes en tus obras es el machismo. ¿Pensas que es un problema fuerte en Bolivia?

No sólo fuerte, sino difícil de romper. Las mujeres, muchas, hemos asumido con fuerza una nueva situación. Sabemos que es "nuestro tiempo" y que estamos "recuperando el espacio que la humanidad nos debe", pero los hombres de mi país no leen teorías, ensayos, novelas, que desarrollen los temas. Existe un sistemático rechazo a todo lo que tenga que ver con "feminismo" o libros escritos por mujeres. Entonces siguen siendo una muralla. Esa mitad del mundo que necesitamos, no cambia. El cambio es leve. Sin embargo existimos, algunas ocupamos nuestro sitio, ejercemos nuestros derechos.

Noto que la comida y su referencia está presente en tu obra. ¿Es adrede o no ese empalme de comida y literatura?

Jamás me di cuenta. Tal vez sea porque mi ciudad

tiene fama de ser la ciudad de Bolivia donde mejor se come, o tal vez porque inconscientemente aparecen comidas que las he estudiado en un pequeño libro mío titulado "Comidas y Bebidas Indígenas en Cochabamba", o tal vez porque quise que el mundo de Isaura fuese llenado también de ese placer que es comer. Me sorprende tu pregunta y la pensaré.

¿Pensas que existe una diferencia entre escritura femenina y masculina?

Sí. Existe. Si bien en lo esencial somos seres humanos con las mismas potencialidades y experiencias vitales, históricamente somos construcciones sociales, ideológicas acaecidas en el tiempo, en miles de años. Nos han enseñado a ser mujeres, a ser hombres. Eso implica centenares de comportamientos, decisiones, elecciones desde "la mujer" o desde "el hombre". Entonces, escribir es transferir esas diferencias al texto.

En Encuentra tu ángel y tu demonio, presentas al personaje central Isaura que se embarca en un viaje de aprendizaje y descubrimiento desde su niñez. Es una mujer que se refugia en la imaginación, la escritura, la radio, la telepatía, la naturaleza etc., para realizarse como mujer y lograr su fusión con Darío. ¿Cómo nace el personaje central Isaura de este libro?

Decidí de pronto apartarme de las mujeres sufrientes de mis otras novelas. De ahí la aparición de las sensaciones del cuerpo como espacio del placer. Soy yo, mi madre, otras mujeres que conocí. Muchas amigas lectoras tomaron a Isaura como un modelo de reconocimiento de su propio cuerpo y del derecho al placer.

Uno de los aspectos de Encuentra tu ángel y tu demonio, es el espacio. No solo comunicas con las palabras sino también con el espacio, las omisiones y los blancos. ¿Qué esperas de tus lectores?

Eso mismo que dices: que la narrativa, las omisiones, los blancos sean llenados por los lectores a partir de las mínimas sugerencias, de lo implícito.

A mí me fatigan las descripciones. Siento que la intensidad se bloquea. Entonces busco que el lector añada el espacio que quiera a partir de indicios, sugerencias. La carga de experiencias del lector añade sin duda lo que falta y tal vez, es más rica que si la tuviera descrita.

Tu libro Hijo de Opa, llevada al cine como los hermanos Cartagena ha tenido muchas reediciones. ¿Cómo se germina el libro? En Bolivia a qué se le llama Opa. ¿Es una indígena retardada?

El libro nació del dolor y del miedo de un país en dictadura. Fue la rabia el principal motor de la escritura. Había muchos

muerdos, muchos torturados. De ahí la violencia, la fuerza, el horror de las páginas.

Opa, en Bolivia es un insulto que lleva la connotación de persona retardada mental.

¿Qué representa Martín en Hijo de Opa, el cual a pesar de haber vivido la violencia desde niño anida la nobleza en su ser?

Martín inicia su conocimiento de la ciudad con resentimiento, es víctima de una familia de terratenientes, por eso se implica en grupos sindicales, revolucionarios. Pero es un indígena quechua, raza esencialmente dulce, que termina valorando más el retorno a sus costumbres y a su pueblo que la revancha social. Para él es más valioso el retorno para reinsertarse en el pueblo y cambiarlo que la venganza.

¿Qué representa ser mujer y escritora en Bolivia en este momento?

Representa un indiscutible sitio. Los escritores varones —con excepciones— nos aceptan y valoran. Uno que pertenece a las excepciones dijo en un almuerzo público "Por higiene mental no leo libros escritos por mujeres" y claro se desgastó solo.

¿Cuál es tu opinión en cuanto a la globalización y las escritoras?

No sé. Ahí sí que no sé qué decir.

¿En qué proyectos estás trabajando

Tengo un hermoso proyecto. En Bolivia no existen bibliotecas para niños. Ni siquiera en las bibliotecas públicas se tiene un estante con libros para niños, menos programas de animación a la lectura para niños, con excepción de la del Centro Patiño. Entonces, hace años que dirijo la única biblioteca infantil de mi país, Thuruchapitas. Quiero que los niños ejerzan el derecho a leer hermosos libros y el derecho a ingresar en el territorio de la fantasía y de las ideas.

Simultáneamente escribo y viajo mucho. Tengo una nueva novela con Werner Guttentag, mi editor. Se la he entregado el año pasado, pero está reticente porque algunas de mis novelas han sido "pirateadas" y las venden los vendedores ambulantes a precios de regalo. El impune juego de los traficantes de libros.

¿Qué recomendarías a los escritores nuevos que están emergiendo?

Leer mucho. Vivir con los ojos abiertos al mundo. Oír tus propias voces. Escribir mucho. Pensar y escribir más todavía.



J

Jorge Enrique Adoum



Jorge Enrique Adoum, poeta y escritor ecuatoriano, nació en Ambato en 1926. Autor de la célebre novela *Entre Marx y una mujer desnuda* (1976). Ha publicado los poemarios: *Ecuador Amargo* (1949), *Carta para Alejandra* (1952), *Los Cuadernos de La Tierra: I. Los Orígenes, II. El Enemigo y la Mañana* (1952), *Notas del Hijo Pródigo* (1953), *Relato del Extranjero* (1955), *Los Cuadernos de la Tierra: III. Dios Trajo la Sombra* (1959), *Los Cuadernos de la Tierra: IV. El Dorado y las Ocupaciones Nocturnas* (1961), *Informe Personal Sobre la Situación* (1975), *No Son Todos Los Están* (1979), *Poesía Viva del Ecuador* (1990).

Otra vez el verano

El verano pone su color tranquilo
sobre todas las cosas y las hojas;
de nuevo alborota el viento
a las muchachas, cierra
los cuadernos y junta la tarde
peregrina a las naranjas.
Arenas de luz la playa, tranquilo
el mar, en paz el ave, solo el polvo
arrastra su camisa a otro lugar.
Hoy ha crecido el trigo mucho,
está la sembradora en mediodía:
doble lámpara de sol y cereal.

Hoy pude ser feliz: pude tenderme
a contemplar la página del cielo,
pude oír removerse a las raíces
discutiendo con el suelo su estatura,
pude hablar con la brisa, haber
entrado al mar que me rodea
como una cintura, de qué buena
gana me habría sometido
al gobierno del ocio y sus racimos.

Pero estuve ocupado, no tengo
tiempo porque sufro; el mundo
nos preocupa; están matando todavía
al infeliz, aún le rompen
su arado al triste campesino,
aún carbonizaron en la silla
a los callados mártires sin culpa,
de qué nos sirven el tabaco
y la luna serena del estío
si nos quitaron, como siempre, el trigo.

Para qué tanto sol, tanta abundancia
torrencial, toda la vida planetaria,
si nos golpea la injusta
repartición, si la muerte
baja del cielo a los extremos
de la tierra, si la pobreza
me aleja de las flores y la fiesta,
si me obliga a estudiar
cada día mis zapatos.

Nada es nuestro todavía, aquí
todo es ajeno como en una posada
y nos roban la luz en la boca
de la mina, y la placidez de junio
con su dulce cosecha que se va
en las bodegas, y hasta la alegría
de tenderme junto a ti escuchando
la sangre, como en una guitarra,
cantar bajo mi mano en tu cadera.

Sé que a pesar de todo este día
volverá con su límpida hermosura,
su vegetal en apogeo, su hora
de sopor y de temura. Volverá
la estación con su signo de cobre,
cuando seamos dueños de la vida
y la tierra, cuando el agua
nos traiga noticias y saludos
del hermano. Y nos veremos
el próximo verano, en mitad
de un año circundado de uvas

La muchacha de Tokio

"I am not a professional, I work
in an office of the American Army."

Sus pies dentro del charco de su enagua.

"I am always short of money
but I do this very seldom."

Mi sombra era demasiado grande en su cama,
balsa seca de soltera en el suelo.

Me preguntó si mi país quedaba en África
mientras yo les preguntaba a mis manos por su cuerpo
desganado y angustioso al revés y al derecho.

"Don't tell anybody what happened tonight,
keep it secret it's shameful."

Pero lo cuento porque se pareció a la temura:
animallito equivocado de honra entre semana,
asustado el sábado por la noche cuando era más honesto.
Y tampoco puedo callar lo verdaderamente
vergonzoso. Aunque fue en otro idioma
y hace tiempo.

Fugaz retorno

La cocina estaba todavía salpicada
de harina y oraciones; la nodriza
arropaba al fantasma de la noche,
buscaba el itinerario de las naves
que traieran de regreso a un vagabundo.

Habían enmohecido las imágenes, envejecido
el ruido. En las grandes tinajas
el eco de voces conocidas repelía
la cuenta del dinero. Se hablaba
de adulterios cercanos, de inversiones.

"Hay afuera un día de luz, de humana
paz y de manzanas. Hay canciones y avanza
una multitud que vive y crece. De ella
es el reino del futuro. El que sea digno
ahora merecerá ese día y será amado.
Yo sé qué hora es, cómo me llamo, a dónde
voy lleno de orgullo y de noticias.
Y no estaré mucho tiempo entre vosotros".

No hubo sacrificio de vino o de cordero.
La madre, entre dos lágrimas severas,
me habló por mi bien, me indicó bondadosa
el buen camino, preguntó si tenía otro sombrero.
Mas mi hermano, el que solía fabricar delgadas
flautas para acompañar el canto de los sembradores
y que aún tenía la dureza de la herencia
y la mirada del búho como un sacerdote,
no pudo dormir

"Yo quiero merecer
el amor que tú has visto. ¿Cuándo
es la felicidad?"
"Mañana".

Y corrimos, como dos fugitivos, hasta
la dura orilla donde se deshacían
las estrellas. Los pescadores nos hablaron
de victorias sucesivas en provincias cercanas.
Y nos mojé los pies una espuma del alba,
llena de raíces nuestras y de mundo.

El perseguido

¿Es posible que esto sea toda
la historia, sólo un día? ¿Una noticia
de ayer, perdida en la penúltima
página, la cotización caída?

Te cobran por la fuerza, los arriendos
vencidos de la tierra, te cobran por las cosas
que tu lámpara hizo agonizar a puro nímbo
y por el corazón y sus jóvenes bestias
que pacen suspirando:
la pólvora, tu amante,
se sacude las manos: "asunto concluido".

Ya eres el que ibas a ser, el mismo polvo
del que algo te aliviaba tu cepillo de ropa.
Cumpliré tus encargos, sigo siendo
el que eras. Ave de paso. Animal profético.

Salud, ángel de paso, irremediablemente intacto.

El crítico argentino Saúl Yurkievich señala: "No quedan en el Adoum maduro resabios del titanismo demoníaco, de la grandilocuencia borascosa, del telurismo catastrófico, o de la violencia seminal de cierta poesía latinoamericana...". José Olivio Jiménez apunta: "Nadie puede negar [...] la legítima situación de Adoum entre los escritores hispanoamericanos que más sinceramente han vivido poéticamente su responsabilidad moral con la historia [...] su profunda honestidad intelectual y artística...". El crítico Miguel Donoso Pareja, sostiene que su novela "Entre Marx y una mujer desnuda" se constituye en una rígida y sabia estructura, el sumun de los mecanismos narrativos alcanzados hasta el momento de su aparición. Hábilmente, Adoum enseña las costuras de su novela, las explica para que, de esa manera, lo que pudiera ser un defecto se convierta en virtud.

Discurso: Premio Nobel de Literatura - 1990

Fundación y disidencia

Octavio Paz. 1914 - 1998. Poeta, ensayista y diplomático mexicano.

Tercera y última parte

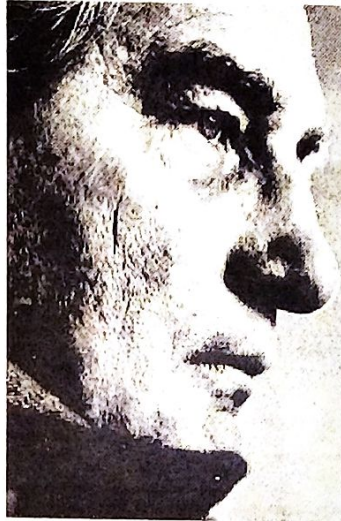
El hombre moderno se ha definido como un ser histórico. Otras sociedades prefirieron definirse por valores e ideas distintas al cambio: los griegos veneraron a la Polis y al círculo pero ignoraron al progreso, a Séneca le desvelaba, como a todos los estoicos, el eterno retorno, San Agustín creía que el fin del mundo era inminente, Santo Tomás construyó una escala —los grados del ser— de la criatura al Creador y así sucesivamente. Una tras otra esas ideas y creencias fueron abandonadas. Me parece que comienza a ocurrir lo mismo con la idea del Progreso y, en consecuencia, con nuestra visión del tiempo, de la historia y de nosotros mismos. Asistimos al crepúsculo del futuro. La baja de la idea de modernidad, y la boga de una noción tan dudosa como "postmodernidad", no son fenómenos que afecten únicamente a las artes y a la literatura: vivimos la crisis de las ideas y creencias básicas que han movido a los hombres desde hace más de dos siglos. En otras ocasiones me he referido con cierta extensión al tema. Aquí sólo puedo hacer un brevísimo resumen.

En primer término: está en entredicho la concepción de un proceso abierto hacia el infinito y sinónimo de progreso continuo. Apenas si debo mencionar lo que todos sabemos: los recursos naturales son finitos y un día se acabarán. Además, hemos causado daños tal vez irreparables al medio natural y la especie misma está amenazada. Por otra parte, los instrumentos del progreso —la ciencia y la técnica— han mostrado con terrible claridad que pueden convertirse fácilmente en agentes de destrucción. Finalmente, la existencia de armas nucleares es una refutación de la idea de progreso inherente a la historia. Una refutación, añado, que no hay más remedio que llamar devastadora.

En segundo término: la suerte del sujeto histórico, es decir, de la colectividad humana, en el siglo XX. Muy pocas veces los pueblos y los individuos habían sufrido tanto: dos guerras mundiales, despotismos en los cinco continentes, la bomba atómica y, en fin, la multiplicación de una de las instituciones más crueles y mortíferas que han conocido los hombres, el campo de concentración. Los beneficios de la técnica moderna son incontables pero es imposible cerrar los ojos ante las matanzas, torturas, humillaciones, degradaciones y otros daños que han sufrido millones de inocentes en nuestro siglo.

En tercer término: la creencia en el progreso necesario. Para nuestros abuelos y nuestros padres las ruinas de la historia —cadáveres, campos de batalla desolados, ciudades demolidas— no negaban la bondad esencial del proceso histórico. Los cadalsos y las tiranías, las guerras y la barbarie de las luchas civiles eran el precio del progreso, el rescate de sangre que había que pagar al dios de la historia. ¿Un dios? Sí, la razón misma, divinizada y rica en crueles astucias, según Hegel. La supuesta racionalidad de la historia se ha evaporado. En el dominio mismo del orden, la regularidad y la coherencia —en las ciencias exactas y en la física— han reaparecido las viejas nociones de accidente y de catástrofe. Inquietante resurrección que me hace pensar en los terrores del Año Mil y en la angustia de los aztecas al fin de cada ciclo cósmico.

Y para terminar esta apresurada enumeración: la ruina de todas esas hipótesis filosóficas e históricas que pretendían conocer las leyes del desarrollo histórico. Sus creyentes, confiados en que eran dueños de las llaves de la historia, edificaron poderosos estados sobre pirámides de cadáveres. Esas orgullosas construcciones, destinadas en teoría a liberar a los hombres, se convirtieron muy pronto en cárceles gigantescas. Hoy las hemos visto caer, las echaron abajo no los enemigos ideológicos sino el cansancio y el afán libertario de las nuevas generaciones. ¿Fin de las utopías? Más bien: fin de



Octavio Paz

la idea de la historia como un fenómeno cuyo desarrollo se conoce de antemano. El determinismo histórico ha sido una costosa y sangrienta fantasía. La historia es imprevisible porque su agente, el hombre, es la indeterminación en persona.

Este pequeño repaso muestra que, muy probablemente, estamos al fin de un período histórico y al comienzo de otro. ¿Fin y mutación de la Edad Moderna? Es difícil saberlo. De todos modos, el derrumbe de las utopías ha dejado un gran vacío, no en los países en donde esa ideología ha hecho sus pruebas y ha fallado, sino en aquellos en los que muchos la abrazaron con entusiasmo y esperanza. Por primera vez en la historia los hombres viven en una suerte de intemperie espiritual y no, como antes, a la sombra de esos sistemas religiosos y políticos que, simultáneamente, nos oprimían y nos consolaban. Las sociedades son históricas pero todas han vivido guiadas e inspiradas por un conjunto de creencias e ideas metahistóricas. La nuestra es la primera que se apresta a vivir sin una doctrina metahistórica; nuestros absolutos —religiosos o filosóficos, éticos o estéticos— no son colectivos sino privados. La experiencia es arriesgada. Es imposible saber si las tensiones y conflictos de esta privatización de ideas, prácticas y creencias que tradicionalmente pertenecían a la vida pública no terminará por quebrantar la fábrica social. Los hombres podrían ser poseídos nuevamente por las antiguas furias religiosas y por los fanatismos nacionalistas. Sería terrible que la caída del ídolo abstracto de la ideología anunciase la resurrección de las pasiones enterradas de las tribus, las sectas y las Iglesias. Por desgracia, los siglos son inquietantes.

La declinación de las ideologías que he llamado metahistóricas, es decir, que asignan un fin y una dirección a la historia, implica el tácito abandono de soluciones globales. Nos inclinamos más y más, con buen sentido, por remedios limitados para resolver problemas concretos. Es cuerdo abstenerse de legislar sobre el provenir. Pero el presente requiere no solamente atender a sus ne-

cesidades inmediatas: también nos pide una reflexión global y más rigurosa. Desde hace mucho creo, y lo creo firmemente, que el ocaso del futuro anuncia el advenimiento del hoy. Pensar el hoy significa, ante todo, recobrar la mirada crítica. Por ejemplo, el triunfo de la economía de mercado —un triunfo por default del adversario— no puede ser únicamente motivo de regocijo. El mercado es un mecanismo eficaz pero, como todos los mecanismos, no tiene conciencia y tampoco misericordia. Hay que encontrar la manera de insertarlo en la sociedad para que sea la expresión del pacto social y un instrumento de justicia y equidad. Las sociedades democráticas desarrolladas han alcanzado una prosperidad envidiable; asimismo, son isla de abundancia en el océano de la miseria universal. El tema del mercado tiene una relación muy estrecha con el deterioro del medio ambiente. La contaminación no sólo infesta al aire, a los ríos y a los bosques sino a las almas. Una sociedad poseída por el frenesí de producir más para consumir más tiende a convertir las ideas, los sentimientos, el arte, el amor, la amistad y las personas mismas en objetos de consumo. Todo se vuelve cosa que se compra, se usa y se tira al basurero. Ninguna sociedad había producido tantos desechos como la nuestra. Desechos materiales y morales.

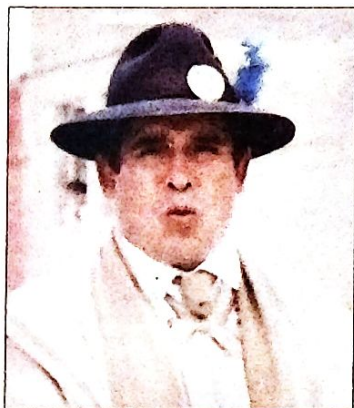
La reflexión sobre el ahora no implica renuncia al futuro ni olvido del pasado: el presente es el sitio de encuentro de los tres tiempos. Tampoco puede confundirse con un fácil hedonismo. El árbol del placer no crece en el pasado o en futuro sino en el ahora mismo. También la muerte es un fruto del presente. No podemos rechazarla: es parte de la vida. Vivir bien exige morir bien. Tenemos que aprender a mirar de frente a la muerte. Alternativamente luminoso y sombrío, el presente es una esfera donde se unen las dos mitades, la acción y la contemplación. Así como hemos tenido filosofías del pasado y del futuro, de la eternidad y de la nada, mañana tendremos una filosofía del presente. La experiencia poética puede ser una de sus bases. ¿Qué sabemos del presente? Nada o casi nada. Pero los poetas saben algo: el presente es el manantial de las presencias.

En mi peregrinación en busca de la modernidad me perdí y me encontré muchas veces. Volví a mi origen y descubrí que la modernidad no está afuera sino adentro de nosotros. Es hoy y es la antigüedad más antigua, es mañana y es el comienzo del mundo, tiene mil años y acaba de nacer. Habla en náhuatl, traza ideogramas chinos del siglo IX y aparece en la pantalla de televisión. Presente intacto, recién desenterrado, que se sacude el polvo de siglos, sonríe y, de pronto, se echa a volar y desaparece por la ventana. Simultaneidad de tiempos y de presencias: la modernidad rompe con el pasado inmediato sólo para rescatar al pasado milenario y convertir a una figurilla de fertilidad del neolítico en nuestra contemporánea. Perseguimos a la modernidad en sus incesantes metamorfosis y nunca logramos asirla. Se escapa siempre: cada encuentro es una fuga. La abrazamos y el punto se disipa: sólo era un poco de aire. Es el instante, ese pájaro que está en todas partes y en ninguna. Queremos asirlo vivo pero abre las alas y se desvanece, vuelto un puñado de sílabas. Nos quedamos con las manos vacías. Entonces las puertas de la percepción se entreabren y aparece el otro tiempo, el verdadero, el que buscábamos sin saberlo: el presente, la presencia.

Fin

Milagros de la pintura boliviana

Max Aruquipa Chambi



Por el sendero de la angustia

La dinámica contemporánea, inside caprichosamente en el quehacer de aquellos que quieren reflejarla y que de pronto entienden cómo ciertas concepciones ideológico-estéticas son arrinconadas para ser sustituidas por otras que bien pudieran ser las cabaletas o acaso apenas otro intento fallido de comprender una realidad determinada. Tal la obra de Max Aruquipa y tal su interpretación de los escombros restantes, después de la estrepitosa caída de los grandes sueños colectivos; la soledad y la desesperanza del ser humano, huérfano de toda utopía y con sólo la sobrevivencia como problema prioritario, como futuro o su lenta y dolorosa conversión en el paria; oscuro protagonista de este inexplicable salto a la historia, pavoroso mesías que arrastra su terca humanidad por La Paz o cualquier ciudad del mundo y que nos mira a través de los grabados de este artista.

Adolfo Cárdenas Franco.

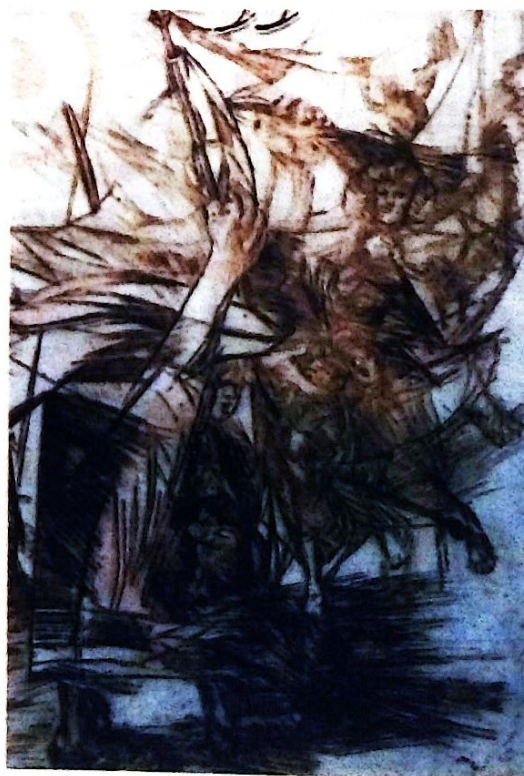
Camino tras camino

En un momento en que parece que las naciones originarias cobran una vigencia inédita en nuestro continente, y aparentemente los círculos de poder dan paso a personajes indígenas, pocos perciben en esto no otra cosa que uno más de los rostros de la hipocresía y del neocolonialismo cultural. Max es una expresión de esa fortaleza originaria, y su obra llena de paradojas y aparentes contradicciones, es alimentada por la pureza de su tierra, las frustraciones de su entorno urbano, la protesta, el canto y la danza de una híbrida mitología por la que siente fe y que asimismo abomina. Delicadeza y brutalidad son sus armas y éstas se confunden y bullen en sus grabados y dibujos para que el espectador salga de sí mismo y retorne luego a su piel, remozado por las imágenes que presenta.

Angel Zuasnábar



Sesión de investigadores - Agua fuerte



Wipalas en el viento - Punta Seca